LECTIO DIVINA
para la vida diaria

12

El libro de los Hechos de los Apóstoles

verbo divino

Índice

Preámbulo 5
Introducción 7
El título 7
El autor 7
La estructura 8
La composición y el estilo 9
La historicidad 9
La finalidad 10
El mensaje teológico y espiritual 11
Un libro único 12
Bibliografía selecta 13

Los Hechos de los Apóstoles

1. Prólogo: última conversación del Resucitado (Hch 1,1-11) 17
2. El núcleo originario de la Iglesia (Hch 1,12-14) 22
3. Primeros signos de recuperación y de reorganización (Hch 1,15-26) 27
4. Pentecostés (Hch 2,1-13) 35
5. El discurso de Pedro (Hch 2,14-41) 41
6. Primer sumario: la frescura de los orígenes (Hch 2,42-48) 49
7. El milagro en la puerta Hermosa (Hch 3,1-10) 54

8. Jesús, «el autor de la vida»
(Hch 3,11-26) 61
9. «Ningún otro nombre»
(Hch 4,1-12) 67
10. ¿Qué haremos con estos hombres?
(Hch 4,13-22) 73
11. La oración de la comunidad
(Hch 4,23-31) 79
12. Segundo sumario: «Los creyentes pensaban y sentían lo mismo»
(Hch 4,32-37) 85
13. Ananías y Safira: el pecado original de la comunidad
(Hch 5,1-11) 91
14. Tercer sumario y éxito de los apóstoles
(Hch 5,12-16) 97
15. El encarcelamiento de los apóstoles
(Hch 5,17-33) 103
16. Gozosos de haber merecido tal ultraje por causa de aquel nombre
(Hch 5,34-42) 109
17. Descontento en Jerusalén
(Hch 6,1-7) 115
18. La pasión de Esteban
(Hch 6,8-15) 121
19. El discurso de Esteban
(Hch 7,1-53) 127
20. El martirio de Esteban
(Hch 7,54–8,1) 135
21. La persecución: el Evangelio en Samaría
(Hch 8,2-8) 141
22. El encuentro con la magia: Simón el Mago
(Hch 8,9-25) 147
23. Felipe y el etíope
(Hch 8,26-40) 153

24. La «conversión» de Pablo
(Hch 9,1-30) 159
25. Tabita
(Hch 9,31-43) 167
26. Cornelio: la conversión de Pedro
y de un pagano
(Hch 10,1-33) 173
27. El discurso dirigido a Cornelio
(Hch 10,34-48) 181
28. La humildad de Pedro
(Hch 11,1-18) 187
29. Una Iglesia en Antioquía
(Hch 11,19-30) 193
30. Pedro, liberado de la cárcel
(Hch 12,1-25) 199
31. El Espíritu elige a Bernabé y a Saulo
para la misión
(Hch 13,1-5) 205
32. La «Palabra de salvación» llega
a Antioquía de Pisidia
(Hch 13,6-25) 211
33. «Trataban de persuadirlos con sus palabras
para que permanecieran fieles
a la gracia de Dios»
(Hch 13,26-43) 217
34. La oposición a la Palabra: la alegría
de los discípulos
(Hch 13,44-52) 223
35. Pablo y Bernabé en Iconio y en Listra:
milagros y malentendidos
(Hch 14,1-20) 229
36. Visita a las comunidades
(Hch 14,21-28) 235

37. En el Concilio de Jerusalén: una discusión animada
(Hch 15,1-6) 241
38. El concilio y la asamblea
(Hch 15,7-21) 247
39. De Jerusalén a Antioquía: las decisiones escritas del concilio
(Hch 15,22-41) 253
40. Pablo y Timoteo, y el paso a Europa
(Hch 16,1-10) 259
41. Pablo y Silas en Filipos
(Hch 16,11-15) 265
42. Pablo y Silas, encarcelados y liberados después
(Hch 16,16-40) 271
43. Las dificultades planteadas al Evangelio
(Hch 17,1-15) 279
44. Pablo en Atenas
(Hch 17,16-34) 285
45. Pablo llega a Corinto
(Hch 18,1-8) 293
46. El trabajo de Pablo en Corinto
(Hch 18,9-18a) 299
47. El oscuro trabajo cotidiano
(Hch 18,18b-23) 305
48. Apolo en Éfeso
(Hch 18,24-28) 311
49. En Éfeso: Pablo y los bautistas
(Hch 19,1-7) 317
50. Pablo taumaturgo y la magia
(Hch 19,8-20) 323
51. El tumulto en Éfeso
(Hch 19,21-41) 329
52. El primer día de la semana
(Hch 20,1-16) 335

53. A los ancianos de Éfeso: el discurso de Pablo en Mileto (I) (Hch 20,17-27) 341
54. A los ancianos de Éfeso: el discurso de Pablo en Mileto (II) (Hch 20, 28-38) 349
55. El retorno a Jerusalén, retorno a los orígenes (Hch 21,1-26) 355
56. Pablo, arrestado en el templo (Hch 21,27-40) 363
57. El segundo relato de la «conversión» de Pablo (Hch 22,1-21) 369
58. Ante el sanedrín: el primer proceso (Hch 22,22–23,11) 377
59. Complot de los judíos y traslado a Cesarea (Hch 23,12-35) 385
60. Ante Félix: el segundo proceso (Hch 24,1-27) 391
61. Ante Festo y Agripa (Hch 25,1-27) 397
62. Pablo y Agripa: el tercer relato de la «conversión» (Hch 26,1-32) 405
63. El fatigoso y azaroso viaje con naufragio (Hch 27,1-44) 413
64. En Malta (Hch 28,1-10) 421
65. Encuentro en el Foro Apio y en Tres Tabernas (Hch 28,11-16) 427
66. Pablo, en Roma (Hch 28,16-31) 432

Preámbulo

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos presenta la historia de los orígenes de la Iglesia con toda su frescura y todas sus dificultades. Una historia que es paradigmática para las siguientes generaciones.

¿Qué puede decir un libro como el de los Hechos a nuestro tiempo, a esta sociedad, a estas comunidades cristianas, al individuo cristiano? Para responder a una pregunta como esta, que suena a desafío, hemos dado prioridad a lo que podríamos llamar la dimensión de la «espiritualidad misionera», precisamente porque el libro de los Hechos es el libro de la misión y, también, porque la dimensión misionera forma parte de las preocupaciones prioritarias del momento presente.

La estructura de la *lectio* que ofrecemos aquí es, fundamentalmente, la clásica, la que siguen los libros de nuestra colección. Debemos señalar, no obstante, un par de innovaciones: el lector encontrará, en vez de la *contemplatio,* «La Palabra en camino», en donde presentamos situaciones análogas a las del texto bíblico, tomadas de la historia de la Iglesia y de la sorprendente historia de la santidad. El libro de los Hechos no es, en efecto, solo una historia de los comienzos, sino una historia que se va encarnando en nuevas situaciones a lo largo de los siglos. La historia profunda de la Iglesia es una historia de testigos que prosigue en el tiempo, idéntica y multiforme. Y los *exempla sanctorum* expresan las innumerables modalidades concretas de encarnación de la Palabra. A las «lecturas espirituales» –y esta es la

otra innovación– les hemos puesto como título «Una lectura para nuestros días» y las hemos seleccionado sobre todo decido a su aptitud para iluminar situaciones de actualidad. El estilo de estas páginas, pretendidamente sencillo y discursivo, busca hacer accesible a muchos el mensaje de un libro bíblico extraordinariamente actual como es la segunda obra de Lucas.

La deuda que tengo contraída con diferentes autores y obras es amplísima. Voy a limitarme a citar dos a los que me siento particularmente agradecido: Ch. L'Eplattenier, *Atti degli apostoli. Commento pastorale,* San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 1996, y W. E. Willimon, *Atti degli apostoli,* edición italiana de F. Jourdan Comba, Claudiana, Turín 2003.

¡Buena *lectio* para una «buena misión»!

Pier Giordano Cabra

Brescia, 30 de septiembre de 2006,
memoria de san Jerónimo

Oh Dios, tú que concediste a san Jerónimo
una estima tierna y viva por la sagrada Escritura,
haz que tu pueblo se alimente de tu Palabra
con mayor abundancia y encuentre en ella
la fuente de la verdadera vida.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Introducción

El título

El título de Hechos de los Apóstoles es antiquísimo: se utiliza desde el siglo II. Sin embargo, el libro no narra las biografías o los acontecimientos que acaecieron a todos los apóstoles, ni siquiera los de Pedro y los de Pablo, que dominan, respectivamente, la primera y la segunda partes del libro. Se presenta a los apóstoles como testigos cualificados del Señor Jesús resucitado, pero los verdaderos protagonistas son la Palabra de Dios, que se difunde entre las naciones, y el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia.

El autor

Se ha considerado siempre y de manera unánime que el libro es obra de Lucas, el autor del tercer evangelio. Ahora bien, no existe un acuerdo tan unánime entre los exégetas en lo referente a la identidad de Lucas. No cabe duda de que se trata de un cristiano que procede del paganismo, aunque conoce bien el judaísmo. Es un discípulo de Pablo, gran admirador y defensor suyo, pero no fue necesariamente su compañero de viaje. Parece no estar al corriente de las cartas de Pablo, aunque conoce las grandes líneas de la teología paulina. Escribe en el mejor griego del Nuevo Testamento y cita la Biblia en la versión griega de los LXX. Es un buen historiador, pero también un atento teólogo.

La estructura

La obra se conecta ya de entrada con el tercer evangelio, del que es una evidente continuación por el programa explícito que se recoge en la introducción, por el estilo y el vocabulario, pero sobre todo por los temas y por la visión teológica general.

Una primera gran división de la obra es la que gira en torno a los dos actores humanos principales: los dos primeros capítulos están dedicados a Pedro y los otros están dedicados a Pablo. En cambio, otra división, que atiende a la misión, presenta la estructura del libro agrupada en cinco partes:

1. Hch 1,1–5,42: está relacionada con la predicación del Evangelio y con los orígenes de la Iglesia en Jerusalén, cuando vivían juntos los primeros fieles, unidos en la fraternidad y en el amor.
2. Hch 6,1–12,25: presenta la actividad misionera y la extensión del Evangelio por Samaría, por Siria y por la zona costera, con la conversión de Pablo, a pesar de la prueba de las persecuciones.
3. Hch 13,1–15,35: narra la llegada del Evangelio a Antioquía con la misión de Bernabé y Pablo, así como la conversión de los paganos a la fe, recibidos en la Iglesia con la decisión del Concilio de Jerusalén.
4. Hch 15,36–20,38: muestra la extensión del Evangelio a las regiones del Egeo, a la gran provincia de Éfeso y desde esta a Tróade a través de Grecia y Macedonia.
5. Hch 21,1–28,31: cuenta el retorno de Pablo a Jerusalén, su arresto y el viaje hacia Roma, centro del Imperio romano, donde se predica el Evangelio con libertad y con franqueza.

Como puede verse, *las grandes ciudades* tienen una importancia notable en la estructura del libro: Jerusalén

es el centro de la misión entre los judíos, Antioquía representa la cabeza de puente hacia los paganos, Éfeso muestra el trabajo cotidiano con los mismos y Roma es la meta final del Evangelio, destinado a llegar «*hasta los confines de la tierra*» (Hch 1,8), y la ciudad donde Pablo «*podía anunciar el Reino de Dios y enseñar cuanto se refiere a Jesucristo, el Señor*» (28,31).

La composición y el estilo

Lucas debió de componer esta segunda obra suya poco después de la década de los ochenta, utilizando recuerdos y documentos varios y refundiendo todo en un relato vivaz y colorido. El autor se sitúa en la confluencia de las corrientes historiográficas judía y griega. Si bien el estilo es el de la historia griega de su tiempo, la investigación de las causas de los acontecimientos es, sin embargo, teológica, según el espíritu de la historiografía bíblica. La historia narrada es una *historia de la salvación,* que presenta las intervenciones de Dios en los acontecimientos humanos. Es la intervención de Dios la que transforma una historia modesta desde el punto de vista humano, casi irrisible en comparación con las grandes historias del Imperio, en algo destinado a transformar el mundo. Lucas transmite la serenidad de quien sabe que trata acontecimientos que tienen ante sí un gran futuro.

La historia y la teología están aquí estrechamente unidas, con la finalidad de presentar el avance del Evangelio y de la Palabra, guiados por la mano poderosa de Dios. Y, con frecuencia, son precisamente los discursos que van punteando este libro los que revelan las motivaciones ocultas.

La historicidad

Aunque Lucas no quiere ser solo un historiador, su libro contiene una historia al estilo del Evangelio. Una

historia narrada por cuadros, por episodios, en los que la fiabilidad sustancial de los acontecimientos narrados encuentra confirmación en algunas fechas de la historia profana y en otros elementos presentes en las cartas de Pablo. Este libro de Lucas ofrece preciosas informaciones sobre la vida de la Iglesia naciente y cubre un segmento de tiempo que va desde los años treinta hasta comienzos de los sesenta.

Si bien a los ojos del historiador plantean problemas los numerosos discursos, es preciso tener en cuenta que son un resumen de la predicación apostólica, así como también un precioso testimonio de la primera predicación cristiana. Lucas tenía sus fuentes y tomaba tanto de los documentos como de la tradición viva de las comunidades apostólicas.

La finalidad

Se han emitido múltiples hipótesis sobre las razones por las que Lucas escribió su segunda obra: desde la defensa del cristianismo frente a Roma (finalidad apologética) a la necesidad de contar los orígenes cristianos a los hombres y mujeres de su tiempo, posiblemente para tranquilizarlos en algún momento de crisis (trabajo de reconstrucción histórica destinado a demostrar la presencia activa de Dios desde los orígenes). Sin embargo, el problema que preocupaba a Lucas y a sus lectores parece ser el de una Iglesia que se proclama heredera de las esperanzas de Israel, pero en la que entran muchos paganos y pocos judíos. Lucas demuestra que el paso a los paganos ha sido querido por Dios, y de este modo refuerza la fe de las comunidades ahora preferentemente de origen pagano. Es el Espíritu el que ha conducido las cosas de tal modo que el Dios de Israel se convirtiera en el Dios de los paganos, esto es, de todo el mundo. El segundo libro de Lucas tiene esa finalidad: mostrar que Jesús de Nazaret se ha convertido verdaderamente en «*luz*

de las naciones» y, por consiguiente, en «*gloria de Israel*» (Lc 2,29-35), gracias también a unos testigos audaces.

El mensaje teológico y espiritual

Lucas no enseña solo por medio de las palabras, sino también, y sobre todo, mediante los hechos. Hasta las narraciones más sencillas contienen mensajes esenciales para la vida del cristiano de todos los tiempos. Basta con una alusión a las principales:

1. Entre el tiempo de Jesús y su retorno se despliega el *tiempo de la Iglesia,* que es el tiempo del testimonio activo, emprendedor, confiado, alegre. Es el tiempo del Espíritu Santo, que conduce a su Iglesia por unos senderos que solo él conoce.
2. Los discípulos dan testimonio de su pertenencia al Señor a través de la fraternidad y la *parresía,* es decir, la franqueza en el hablar y en el obrar. La Palabra de Dios avanza precisamente gracias a la fraternidad y al coraje en el anuncio.
3. El *Espíritu Santo* es la fuerza de Dios en la fragilidad humana: es él quien transforma a los hombres débiles en hombres valientes. Es él quien «traspasa los corazones» y permite ser eficaz a la Palabra. Él es quien conoce los caminos de la misión. Ahora bien, el Espíritu es puro don, no puede ser ni comprado ni sustituido. Se da a quien ora humildemente y con perseverancia. Una Iglesia que no ora carece de las energías necesarias para su misión y, por consiguiente, no tiene futuro.
4. La *resurrección* es la fuerza cristiana de transformación presente en el mundo: es la realización de la «esperanza de Israel», la promesa cuyo cumplimiento esperaban los padres. El hecho de la resurrección de Cristo es la «esperanza luminosa» que transforma la vida del creyente.

5. Si bien la Palabra de Dios avanza, los testigos padecen persecución, son encarcelados, rechazados. La *teología de la gloria* tiene enfrente la *teología de la cruz*. La Palabra avanza no «a pesar de» las desventuras, sino «precisamente gracias» a estos sufrimientos. El discípulo no es más que su Señor. La historia de la misión es la historia de los sufrimientos de los testigos, que, sin embargo, están *«llenos de alegría»*, es decir, que llevan los signos de la presencia transformadora de la resurrección.
6. La Iglesia está basada en el *testimonio apostólico*. Las primeras comunidades se reúnen en torno a los apóstoles, entre quienes emerge Pedro. Las decisiones más importantes están avaladas por la autoridad de Pedro. La fraternidad cristiana está sustentada por la enseñanza de los apóstoles y por la presencia del Espíritu Santo, que, como sucede en el caso de Cornelio, se manifiesta a Pedro. Las iglesias posteriores están dirigidas por responsables o presbíteros constituidos por Pablo, por Bernabé y por otros evangelizadores. No faltan los conflictos; sin embargo, pueden ser solucionados gracias a una sincera búsqueda de la unidad.
7. Este libro, repleto del perfume del Espíritu Santo y de la alegría que difunde, es un modelo para toda comunidad eclesial tanto en su composición interna como por su impulso misionero. La Iglesia está hecha de oración, de fraternidad y de misión. Donde hay oración allí está el Espíritu Santo, y donde está el Espíritu Santo es posible realizar una humanidad solidaria y dedicada al anuncio del Señor Jesús.

Un libro único

«Este libro, único en su género en el Nuevo Testamento, constituye un tesoro y su falta habría empobre-

cido nuestro conocimiento de los orígenes cristianos de una manera singular» (*La Biblia de Jerusalén*).

Bibliografía selecta

R. Aguirre Monasterio (ed.), *La investigación de los evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles en el siglo XX,* Verbo Divino, Estella 1996.

E. Arens, *Seréis mis testigos. Historia, actores y trama de Hechos de Apóstoles*, Lima 1996 (con bibliografía exclusivamente en castellano).

F. Bianchi, *Atti degli Apostoli,* Città Nuova, Roma 2003.

Ph. Bossuyt – J. Radermakers, *Lettura pastorale degli Atti degli Apostoli,* EDB, Bolonia 1996.

A. Boudou, *Los Hechos de los Apóstoles,* Madrid 1964.

F. F. Bruce, *Hechos de los Apóstoles. Introducción, comentario y notas*, Nueva Creación, Buenos Aires 1998.

R. J. Dillon, «Atti degli Apostoli», en R. E. Bown *et al.*, *Nuovo Grande Commentario Biblico,* Queriniana, Brescia 1997,943-1003.

R. Fabris, *Atti degli Apostoli,* Borla, Roma ²1984.

J. A. Fitzmyer, *Gli Atti degli Apostoli. Introduzione e commento,* Queriniana, Brescia 2003 (edición española: *Los hechos de los apóstoles,* 2 vols., Sígueme, Salamanca).

C. Guidelli, *Atti degli Apostoli,* Marietti, Turín 1978.

Ch. L'Eplattenier, *Gli Atti degli Apostoli. Quadro delle origini cristiane,* EDB, Bolonia 1990.

W. Kurz, *Atti degli Apostoli,* Queriniana, Brescia 1993.

C. M. Martini, *Atti degli Apostoli,* Paoline, Roma ⁷1985.

B. Papa, *Atti degli Apostoli,* 2 vols., EDB, Bolonia 1981 y 1986.

R. Pesch, *Atti degli Apostoli,* Cittadella, Asís (Pg) 1992.

J. Rius-Camps, *De Jerusalén a Antioquía. Génesis de la Iglesia cristiana. Comentario lingüístico y exegético a Hch 1–12*, Córdoba 1989.

——— *El camino de Pablo a la misión de los paganos. Comentario lingüístico y exegético a Hch 13–28*, Madrid 1984.

J. Rolof, *Hechos de los Apóstoles,* Cristiandad, Madrid 1984.

G. Rossé, *Atti degli Apostoli,* Città Nuova, Roma 1998.

A. Wickenhauser, *Los Hechos de los Apóstoles*, Barcelona 1967.

1

Prólogo: última conversación del Resucitado (Hch 1,1-11)

[1] Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo lo que
Jesús hizo y enseñó desde el principio [2] hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado sus instrucciones bajo la acción del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.

[3] Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios.

[4] Un día, mientras comían juntos, les ordenó:

–No salgáis de Jerusalén; aguardad más bien la promesa que os hice de parte del Padre; [5] porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días.

[6] Los que lo acompañaban le preguntaron:

–Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?

[7] Él les dijo:

–No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. [8] Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra.

[9] Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista. [10] Mientras estaban mirando atentamente al cielo viendo cómo se marchaba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos [11] y les dijeron:

–Galileos, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir de vuestro lado al cielo, vendrá como lo habéis visto marcharse.

LECTIO

Teófilo. Lucas dedica también esta segunda parte de su obra al «*ilustre Teófilo*» (Lc 1,3), un personaje conocido que tal vez financiaba la reproducción de los manuscritos. El nombre griego significa literalmente «amigo de Dios». Sin embargo, es probable que con este nombre se simbolice al lector-tipo de este libro: un cristiano de origen pagano, al que Lucas quiere hacer conocer los orígenes del movimiento cristiano por medio del relato de una historia no usual, porque es una historia de *salvación* que tiene sus raíces en el mundo judío, aunque está destinada a todas las naciones. Estamos, probablemente, en los alrededores del año 80 d. C. y las comunidades empiezan a plantearse interrogantes. Lucas responde a las preguntas con esta obra singular que se propone contar el pasado con el fin de hacer comprender quién es cristiano y para encontrar en la historia los elementos de su propia identidad. Y, asimismo, para narrar cómo, en las tres décadas que van desde el año treinta al sesenta, el Dios de Israel se ha convertido en el Dios de todos y de cada uno.

Las conversaciones con el Resucitado. El relato comienza con el sumario, donde Lucas pone en correlación el primero y el segundo de los libros redactados por él. Comienza resumiendo el contenido del Evangelio, narrando sobre todo la parte conclusiva de su primer libro, con las últimas instrucciones dadas por Jesús a los apóstoles. Lucas desea subrayar que los apóstoles son los depositarios de las instrucciones particulares dadas por el Resucitado antes de su ascensión al cielo, unas instrucciones sorprendentes, hasta tal punto que hacen falta «*cuarenta días*» para asimilarlas (1,3).

Dos temas. El primer tema del que habla Jesús es *el Reino de Dios,* que no debe ser confundido con el reino mesiánico de Israel. El Reino de Dios anunciado por el Resucitado será algo muy diferente: se realizará en unos

tiempos que solo el Padre conoce y se extenderá «*hasta los confines de la tierra*» (v. 8). Los apóstoles reciben *una misión que no es posible programar*: deben esperar al Espíritu «programador» y «motor» de esta misión, una misión de la que serán «*testigos*». La continuación del libro demostrará el papel prioritario del Espíritu. El segundo tema del relato lucano –el de la *ascensión*– desea subrayar que el tiempo de la Iglesia será el tiempo de ausencia de Jesús a los ojos de los hombres, hasta su retorno en la gloria. Ahora bien, «*mirando atentamente al cielo*» (v. 10) de continuo, casi para escrutar el inmediato retorno del Señor, se arriesgan a descuidar los deberes cotidianos y la tarea de dar testimonio. Con la ascensión comienza el tiempo de la misión en la tierra de los hombres: es el tiempo de la responsabilidad de los discípulos respecto a la difusión del Reino, es el tiempo del testimonio.

MEDITATIO

Nos disponemos a leer los comienzos del movimiento cristiano, el hecho más grande de toda la historia. Lucas no se habría imaginado que seguiría teniendo todavía lectores en nuestros días, en todas partes del mundo. Aquella era, a los ojos de los historiadores de su tiempo, una historia insignificante, incluso risible, si es que había que considerarla como historia. Sin embargo, Lucas tiene la certeza de que se dispone a contar algo extraordinario, una historia única, porque no está hecha solo por hombres y por el destino, sino por la fuerza (*dynamis*) de Dios. Esta fuerza inviste a un grupo de inocuos seguidores de Jesús de Nazaret, resucitado de los muertos y vivo a la diestra de Dios, y los conduce por los caminos del mundo. Se trata, por consiguiente, de una historia que llega hoy hasta nosotros para implicarnos en la misma aventura.

Todo comienza con las últimas instrucciones del Resucitado, que les da una sola consigna, *la receptividad: «les ordenó: [...] aguardad más bien la promesa que os hice de parte del Padre; [...] vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días»*. Como si dijera: No hagáis muchos planes, no programéis demasiado, no os preocupéis de vuestro futuro, porque Dios tiene sus planes y tiene su estrategia. Vosotros acoged la fuerza y la dirección que venga del viento del Espíritu, que sopla donde quiere. Desplegad vuestras velas y dejaos llevar, porque todo está predispuesto. Vais a ser testigos de una salvación que no es vuestra, porque vosotros no podéis salvaros ni siquiera a vosotros mismos.

Esas mismas palabras nos las dirige hoy a nosotros. Nos dice: Tú no salvas a nadie, porque eres carne débil y provisoria. Ahora bien, si te muestras disponible a recibir el don del Espíritu, podrás ser testigo de la salvación que Dios ha realizado en Jesús. Déjate habitar, déjate poseer por el Espíritu, déjate conducir por sus caminos. Y no olvides que el Espíritu es el mismo de los orígenes y no ha perdido ni en fuerza ni en clarividencia. No le atemorizan las dificultades. La sordera del hombre secularizado no le paraliza. En el último día será capaz de hacer oír hasta los muertos, para llamarlos a la vida.

Lucas nos dice: Deja espacio en ti a su acción. Tu primera actitud debe ser mostrarte receptivo. Piensa cómo puedes recibirle, cómo puedes dejarle la posibilidad de actuar, cómo puedes permitirle apoyarte en la única tarea que el Señor dio a los suyos al comienzo de la aventura más extraordinaria: sed testigos míos, el único Salvador.

ORATIO

Señor, cuántas veces he pensado que tenía que hacer planes, sin ponerme antes en una actitud receptiva.

Vuelvo a pensar en la acostumbrada presunción de plantear *mis* estrategias sin tender antes el oído, con humilde paciencia, a *tu* programa. ¡Cuánto tiempo he perdido, cuánta fatiga inútil! ¿Cómo no me doy cuenta de que yo hago solo una historia humana? ¿Cómo no pienso que solo tú haces la historia de la salvación, de la que puedo ser testigo si sintonizo con la longitud de onda de tu Espíritu? Al recorrer las páginas del libro de los Hechos de los Apóstoles, enséñame a ver lo que tú quieres, a poner en el primer lugar el misterio de tu voluntad, la conciencia de ser tu humilde siervo, dócil a la acción de tu Espíritu.

LA PALABRA EN CAMINO

Señor Jesús, nosotros no sabemos expresar el tema de esta reflexión previa al sínodo episcopal que estamos a punto de empezar, a no ser en forma de oración. Al orientar nuestros estudios y nuestros debates sobre «la evangelización del mundo contemporáneo», sentiremos la tentación de analizar enseguida las necesidades espirituales de este mundo, la posibilidad del apostolado y de la búsqueda de métodos adecuados para asegurar una presencia más vigorosa de la Iglesia. Por eso, preferimos dirigirnos en primer lugar a ti para confirmar en nosotros esta primera certeza: que el hecho mismo de la evangelización nace de ti, Señor, como un río; que tiene su fuente y esa fuente eres tú, Jesucristo.

Señor, henos aquí dispuestos a partir para anunciar todavía tu Evangelio al mundo, en el que tu arcana pero amorosa providencia nos ha puesto a vivir. Señor, pide al Padre, tal como nos prometiste, que él, por medio de ti, nos envíe el Espíritu Santo, el Espíritu de verdad y de fortaleza, el Espíritu de consolación, que haga abierto, bueno y eficaz nuestro testimonio. Y quédate con nosotros, Señor, para hacernos a todos uno en ti e idóneos

para transmitir al mundo tu paz y tu salvación (Pablo VI, Oración por el Sínodo de Obispos sobre la Evangelización, 27 de septiembre de 1974).

UNA LECTURA PARA NUESTROS DÍAS

El hombre será salvado por la cruz; el Crucificado, en cuanto plenamente abierto, es la verdadera redención del hombre. En otro lugar hemos explicado el alcance que esta frase central de la fe cristiana tiene para nuestra comprensión moderna; ahora no vamos a considerar su contenido, sino su estructura. Por lo que se refiere a lo último del hombre, expresa la supremacía de la recepción sobre la obra, sobre el propio trabajo [...]. La fe cristiana afirma, sin embargo, que el hombre vuelve profundamente en sí mismo no por lo que hace, sino por lo que recibe; tiene que esperar el don del amor, y el amor solo puede recibirlo como don; no podemos esperarlo, dejar que se nos dé. El hombre solo se hace plenamente hombre cuando es amado, cuando se deja amar. El hecho de que el amor humano una en sí la suprema posibilidad y la más profunda necesidad, y el hecho de que lo más necesario sea lo más libre, significan que el hombre para «salvarse» está orientado a un don; si se niega a recibirlo, se destruye a sí mismo. Una actividad que a sí misma se considera absoluta y que quiera forjar la humanidad por sus propios medios es contradictoria en sí misma [...]. Todo esto supone indudablemente una relativización del trabajo, de la obra; así hemos de comprender la batalla paulina a la «justicia de las obras». Pero añadamos que al clasificar la obra humana como grandeza penúltima, expresamos su íntima liberación: la actividad humana solo puede realizarse en la tranquilidad, en la libertad que conviene a lo penúltimo (J. Ratzinger, *Introduzione al cristianesimo. Lezioni sul simbolo apostolico,* Brescia [13]2003, 276ss.; edición española: *Introducción al cristianismo,* Sígueme, Salamanca [4]1979).